

Alia Trabucco



► La escritora Alia Trabucco Zerán.

“Si revisamos la historia del feminismo, siempre ha habido momentos regresivos después de grandes avances”

Cuando escribía las últimas líneas de su nuevo libro, Alia Trabucco vio cómo el mundo comenzaba a arder. La guerra destruía Palestina, la tierra de sus ancestros. Su hija comenzaba a decir las primeras palabras y ella se preguntaba cómo se le explicaba la muerte a una niña. Y mientras escribía y corregía, leía las noticias con angustia y una inquietud la rondaba. Entonces, leyendo a la poeta Mary Oliver encontró esta frase: “Antes de nada: el mundo. Después, la literatura”.

De algún modo, esa convicción atraviesa las páginas de *Las otras*, su nuevo libro de ensayos. La autora de *La resta* y *Limpia*, novelas elogiadas y distinguidas internacionalmente, reúne en su nueva publicación una quincena de textos donde mira de frente al presente y sus “espinas”.

“Escritora de ojos abiertos”, como se definió al recibir el premio Ana Seghers en Alemania, Alia Trabucco reflexionó en

torno al género y la violencia en *Las homicidas*, conjunto de no ficción que recibió el premio de la Academia Británica. Y abordó las tensiones de clase en *Limpia*, ganadora del Premio Fémica a la mejor novela extranjera en Francia. Ahora, en *Las otras* aborda algunos de los temas más controversiales de nuestro tiempo, desde los desafíos del feminismo, las disputas del lenguaje, el genocidio palestino, lo queer, la memoria y el auge de la ultraderecha.

A través de una prosa cuidada y sugerente, la autora hila preguntas con inteligencia, imaginación y sensibilidad. A partir de la experiencia propia y sobre un rico corpus de lecturas, interpela al lector, se interroga, duda, rodea argumentos y elude respuestas fáciles. Ya sea en la forma de textos fragmentarios o más convencionales, Alia Trabucco despliega una escritura depurada y elegante, inquisitiva y al mismo tiempo sensible. En estas páginas vibra un sentido de urgencia, expresado con una voz que armoniza fuerza y delicadeza.

“Son ensayos de un tiempo doloroso y feliz, desgarrador e inolvidable”, escribe.

El lenguaje es uno de los temas centrales del libro. Se pregunta, por ejemplo, cómo nombrar lo trans. ¿Es necesario un lenguaje nuevo?

El lenguaje está en permanente transformación, no solo en relación a cómo nombrar la identidad o la sexualidad, sino el fascismo, el genocidio en Palestina o la catástrofe climática. Uno de los ejes de este libro, y una de mis obsesiones, es la pregunta por la potencia o impotencia de las palabras, la importancia de nombrar o dejar de hacerlo, y cuánto de la política contemporánea se está disputando en el plano discursivo. ¿Por qué Trump publicó un decreto con decenas de palabras declaradas prohibidas en las instituciones públicas? Hablo de palabras como transexualidad, sí, pero también aborto, clima, racismo, machismo, género, incluso mujeres. ¿Qué pretende borrar al prohibir esos términos? Nombrar es un acto político, siempre. Y puede ser incluso una forma de resistencia, de hacer comunidad en tiempos tan violentos como estos.

Recuerda a Gabriela Mistral y subraya el ocultamiento histórico de su lesbianismo. ¿Qué implicancias tuvo y cómo percibe que ha cambiado?

Persiste la idea de que el lesbianismo de Mistral era un secreto en su propia época, pero fotografías y cartas de ese entonces permiten cuestionar esa idea. Había una red de contemporáneos donde el hecho de que Dana y Mistral fueran pareja no era negado, por el contrario. La negación, en algunos círculos, fue posterior. Y no solo abarcó su sexualidad, sino sus textos más políticos y algunas secciones de su obra poética. Una negación que provino, otra vez, de la incomodidad. Incomodidad ante una figura discolpa, inclasificable, poderosa, inteligente y, además, lesbiana. La idea conservadora de erigirla en una figura convencional, como madre de la nación y “poetisa de la infancia”, fue un intento de domesticación. Y la relectura actual, que ya lleva muchos años, no solo reivindica su orientación sexual, sino que rescata escri-

La premiada autora de *Limpia publica* *Las otras*, un libro de ensayos donde interroga a las palabras para comprender un presente convulsionado por la violencia. En una quincena de ensayos la escritora aborda el genocidio palestino, el feminismo, las batallas del lenguaje y el auge de la ultraderecha. “Nombrar es un acto político”, dice.

Por **Andrés Gómez Bravo**

tos políticos, ensayos, notas sobre la naturaleza, todos temas muy contemporáneos, que actualizan y enriquecen su figura.

En el libro se refiere al impacto de la ola feminista en Chile, y también las reacciones contrarias que despertó. ¿A qué lo adjudica?

Si revisamos la historia del feminismo, siempre ha habido momentos regresivos después de grandes avances. Y no es sorprendente. Son disputas de poder, de visibilización, de lenguaje, donde no es extraño que haya sectores que quieren que todo siga igual, es decir, desigual, porque esa desigualdad los favorece. Pero también la historia del movimiento feminista demuestra que las transformaciones persisten, pese a las reacciones adversas, porque se trata de cambios muy hondos: en la subjetividad, en las expectativas, en los deseos, en las palabras, en el trato y también en las miradas. Eso no se deshace tan fácilmente, porque no son transformaciones pasajeras, sino producto de muchos años, incluso décadas, de disputas.

Después de la ola feminista, ¿estamos atravesando la resaca?

Creo que estamos atravesando una restauración conservadora y autoritaria que no solo tiene como objetivo reponer un orden jerárquico y desigual en materia de género, sino también restaurar estructuras raciales de sometimiento e incluso un ordenamiento colonial, hoy encarnado en el discurso y el actuar de Trump. Me parece más complejo y escurridizo que una resaca, porque este momento se articula no solo en torno a una nostalgia de poder masculino percibido bajo amenaza, sino en torno a lo que asoma como un proyecto de futuro, un proyecto neoconservador, neofascista, donde el racismo y el machismo vuelven a tener cabida de manera desembosada y explícita, con discursos que no se oían hace décadas de manera tan masiva. Enmarcar este momento solo como una resaca puede ser contraproducente, porque no permite calibrar la gravedad del contexto actual e impide reaccionar con la urgencia necesaria.

¿Cuál es el desafío actual del feminismo?

Ante un presente de múltiples clausuras, donde pensar otras formas de vida suena casi ridículo, seguir imaginando futuros es un desafío inmenso. Futuros que repongan

palabras como igualdad, o cuidados, o interdependencia, o comunidad, o derechos, todos términos que suenan de pronto extraños y hasta vacíos. Futuros para volver a nombrar lo humano como algo más allá de la destrucción y repensarnos por fuera de un pesimismo paralizante. Hay una frase de Francesca Albanese, la relatora de Naciones Unidas para Palestina, que rescato en el libro: “La esperanza es una disciplina que debemos practicar juntos”. Y tal vez de esa insistencia, que puede sonar ingenua o contumaz, los feminismos puedan abrir una grieta para que entre algo de luz.

Algunas organizaciones feministas se han mostrado insatisfechas y críticas con los logros del gobierno en esta materia. ¿Cuál es su postura al respecto?

El movimiento feminista se despliega mucho más allá de la institucionalidad: en movimientos estudiantiles y populares, en organizaciones vecinales o sindicales, en una teoría riquísima y compleja, y también en el ámbito privado.

Pero respecto de lo logrado en este gobierno, ¿cómo lo evalúa?

Hay avances y deudas. Avances concretos: la ley de pago efectivo de pensiones, el sistema nacional de cuidados y la modificación del reglamento de la ley de aborto en tres causales. También la reforma de pensiones reconoció el trabajo no remunerado de las mujeres a través de la rebaja en los años cotizados. En cuanto a deudas: una ley de aborto acorde a los estándares internacionales es urgente para salvar vidas y, aunque entiendo que no estaban los votos, el tema no se abordó a tiempo y creo que parte de la estrategia en esta materia debe ser no solo legislativa, sino discursiva.

Hablar o callar

Hija de la periodista Faride Zerán y del cineasta Sergio Trabucco, Alia Trabucco dedica algunos de los textos más conmovedores a la historia de sus ancestros que vinieron de Siria y Palestina. Así, también, su prosa estremece cuando aborda la guerra en Gaza.

–El genocidio palestino es no solo un tema sensible, sino una fractura ética que nos habla de estos tiempos de crueldad. Y creo que la continuidad del genocidio, pese a las marchas mundiales y a las resoluciones de Naciones Unidas, ha generado

una sensación de impotencia generalizada. Esa impotencia acaba en silencio y normaliza la barbarie. Creo que como seres humanos, sin importar nuestro oficio, nos encontramos ante una disyuntiva: hablar o callar. No creo que como escritora tenga un deber mayor que alguien que se dedica a otra cosa, pero sí un papel diferente. Los estibadores de los puertos de Barcelona o de Grecia, poniendo en riesgo sus trabajos, se han negado a cargar buques que envían armas a Israel. Qué más elocuente que eso. Lo particular de los estibadores es poder detener un barco. Lo particular de quienes escribimos es que tenemos no solo la posibilidad de publicar, sino además, en ocasiones, acceso a un micrófono o a plataformas donde nuestras palabras se multiplican. Y esas palabras pueden decir “hay un genocidio, lo nombro como tal” o no decir nada. Ambos son decisivos. Yo prefiero hablar.

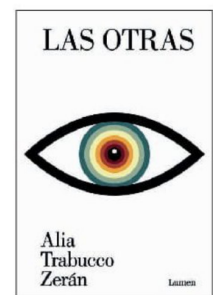
Cuando recibió el Premio Fémica usted se refirió al genocidio palestino, lo que causó incomodidad en ese momento. ¿Qué significó para usted?

Fue un momento desagradable y extraño. Había una veintena de periodistas en la sala del museo donde se otorgó el premio y yo tenía un micrófono. Dije que me honraba recibir ese reconocimiento, pero que mi alegría no podía ser plena, porque como descendiente palestina y como ser humano, me dolía –y me duele– el genocidio del pueblo palestino. Esa palabra fue como una espina y provocó un murmullo en la sala, luego un silencio y después molestia, ninguna petición de entrevista y bastante tensión. Pero a mí no me pasó absolutamente nada, a diferencia de los escritores palestinos asesinados, censurados y de otros expulsados de sus editoriales y cuyos premios han sido retirados. Solo generaré incomodidad. Pero tal vez sentir incomodidad sea lo mínimo ante un genocidio.

El futuro

“Nací el 11 de septiembre de 1973, 10 años antes de mi verdadero nacimiento, cuando destruyeron la aldea de mis mayores, mi propia tribu de origen”, escribe. El miércoles asume el primer presidente que votó por el Sí en la dictadura. ¿Qué le dice ello?

En ese breve ensayo, que trata sobre la memoria histórica y cómo conforma una biografía, parafraseo a la escritora argentina Assia Djebar, que en su libro *El amor, la fantasía* dice haber nacido en 1842, cuando las tropas francesas destruyeron la “aldea de sus mayores”, a quienes llama “mi tribu de origen”. Y lo que contiene esa frase es la idea de que nacemos con memorias heredadas de generación en generación y que imbuén, querámoslo o no, nuestra identidad. En ese sentido, que asuma un presidente abiertamente pinchetista no habla de que ese pasado sigue vigente, ya no solo en una nostalgia autoritaria, sino en un proyecto político alineado a la ultraderecha global y que vuelve presente ese pasado. Una derecha negacionista del cambio climático, antiderechos, colonial y racista, que vocifera discursos cargados



Las otras
Alia Trabucco
Lumen

de odio, muy similares a los de los años 30 y 40 del siglo pasado. Son viejos-nuevos tiempos. A veces más viejos que nuevos.

¿Cómo se explica que los discursos autoritarios, que parecían ya superados, estén de regreso?

En uno de los ensayos de *Las otras* revisito el libro *La lengua del Tercer Reich*, de Victor Klemperer, un lingüista judío que fue perseguido por el nazismo y que se dedicó a estudiar el andamiaje lingüístico del nacionalsocialismo. Examinar esa historia permite alumbrar un presente donde términos similares a los de los años 30 –patria, soberanía, orden, extranjero, inseguridad– han adoptado un protagonismo renovado. Un lenguaje que no solo ha sido adoptado por la derecha de corte neofascista, sino de manera acrítica por sectores de izquierda y progresistas. En qué medida esos zarpazos lingüísticos van creando realidad es algo que me interesó explorar, ya no solo para constatar su vigencia discursiva, sino para observar cómo esas palabras se inmiscuyen en el lenguaje cotidiano, haciéndonos tragar “dosis ínfimas de arsénico”, en palabras del propio Klemperer hace cien años.

Entre otras, atraviesa el libro la idea de la falta de imaginación de futuro: qué pasó con la izquierda y el progresismo que dejaron de ofrecer un horizonte de futuro?

La propia palabra futuro suena extraña hoy día, ¿no? Casi anacrónica. ¿Cómo imaginar futuros en un presente de guerras, genocidios, catástrofe climática e incluso de extinción de especies? ¿Cómo pronunciar esa palabra cuando se impone otra, la palabra “final”? En este libro, más que responder a esa pregunta, formulo otras: ¿De qué manera el lenguaje puede abrir grietas a ese relato de clausura y desesperación y permitir, tal vez, el ingreso de alguna luz? ¿Cómo no ensayar, ante un mundo en ruinas, la posibilidad de otro horizonte aunque sea solo –o en principio– en la palabra hablada o escrita? ¿Tiene la literatura ese poder? ¿Tiene el lenguaje ese poder? ¿O somos hablados por normas que se han vuelto pétreas y donde incluso la escritura pierde sentido? Recuerdo cada vez que escribí la palabra futuro en este libro, porque me parecía extraña. Y, sin embargo, ahí está. Y ahí está, también, el futuro. Tal vez no como algo para ofrecer. Sino para imaginar o al menos nombrar, que es el primer paso. ●